

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

COMENTARIOS

El horror á las Matemáticas

No es exagerada esta afirmación. El común de los mortales no suele sentir grandes entusiasmos, ni mucho menos, por el estudio de las Ciencias; pero, por lo que á las Matemáticas se refiere, ya no es poco afecto lo que siente la generalidad del público, sino verdadero horror, espanto, especialmente en los países poco culturales. Publicada una obra de carácter matemático, que no sea de texto, y no se comprará nadie. Dad una conferencia sobre ciencia pura matemática, y no se acercará nadie á oíros. Si deseáis despejar rápidamente una te tulia, agradablemente entretenida en variadas conversaciones, anunciad que vais á hablar de Matemáticas. Esta ciencia, para la mayoría del público, es inaccesible, ó está sólo reservada á seres privilegiados, á hombres excepcionales. Un paso más, y las matemáticas se transforman en arte de brujería, como en la Edad Media, ó hasta como á principios del siglo XIX en España, cuando se cerraban las Universidades y se abrían las escuelas de Tauromaquia.

Pero debemos declarar que en esta *Matemáticafobia* general, no toda la culpa es del público. Tienen también su buena parte el maestro de escuela, el catedrático y el propio matemático, excluyendo, como siempre, las correspondientes excepciones; y tienen gran parte de culpa todos ellos por desarrollar, en general, los conocimientos sin darles el menor atractivo, pareciendo empeñarse muchos en hacer molesta la enseñanza á sus alumnos; en fin, los matemáticos, y no pocos en nuestros tiempos, dan á sus escritos y explicaciones un carácter lo más ininteligible posible para aparecer como genios de ante de los demás mortales que no están en el secreto.

En atención á la importancia enorme que van adquiriendo cada día las ciencias matemáticas, es necesario hacer una campaña: 1.º Para hacerlas simpáticas y atractivas al público en general; 2.º Para convencer al público de que las supuestas grandes dificultades de esta clase de estudios, es aparentes, y que cualquier persona de inteligencia normal puede estudiar y llegar á conocer perfectamente una ciencia matemática cualquiera.

La importancia de una campaña de esta clase estriba en la importancia misma de las Matemáticas. En nuestros tiempos, la potencialidad de una nación pudiéramos decir que depende del grado de conocimientos matemáticos de sus ciudadanos. Apenas es posible el desarrollo de ninguna carrera ó profesión sin estudiar Matemáticas, y cada día lo será menos. Toda la industria no se basa más que en ciencias matemáticas; las construcciones y obras públicas, no tienen otro apoyo que las ciencias matemáticas; el arte de la guerra es intensamente matemático, pues las batallas hoy las ganan los técnicos y no los héroes; en fin, hoy no se concibe un buen artesano que no aplique á su profesión los principios de las Matemáticas.

Pero, aparte de que hoy apenas nada se puede hacer en serio sin conocer cuando menos los elementos de las Matemáticas, esta ciencia ofrece en sí misma, al amigo del estudio y de la meditación, un campo ilimitado de bellezas y de satisfacciones inmensas para su espíritu. Además, el hombre estudioso que desee conocer la Astronomía, ó la Física, ó la Mecánica racional, ó la Sismología, etc., no le queda otro recurso que estudiar algo á fondo las Matemáticas.

Es un deber de ciudadanía de los que pueden hacerlo, el de inculcar agradablemente el estudio de estas ciencias; el de exponer con lenguaje claro, sin tecnicismos empalagosos, las bellezas que aquellas contienen, bellezas superiores á cuanto pudiera imaginar la más sofadora fantasía. Y, sobre todo, es necesario acabar con los matemáticos *poseurs*, que se complacen, dando muchas veces muestras de una erudición que no tienen, en hacer difícil ó incomprendible lo que, explicado por otra persona sincera y perfectamente conocedora del asunto, se hace asimilable con facilidad y agradable á toda persona de inteligencia normal.

A muchos y muy pretenciosos conceptos matemáticos, quitadas la vestidura con que se les ha envuelto, y os resultará una perogrullada. ¿Y por qué razón el hombre normal no puede concebir la ciencia que posee otra persona normal? ¿Acaso no vemos en el trato de la mayoría de los hombres de ciencia, que éstos no tienen mayor ingenio ó agudeza que nosotros mismos? ¿por qué, pues, nosotros no podemos concebir lo que conciben ellos, si nuestro cerebro vale tanto como el suyo?

Es preciso acabar con estas pretendidas superioridades y hacer entender al público que está en su mano hacer cuanto quiera en este sentido. Toda persona normal que ame el estudio, podrá llegar á donde aspire; el secreto está en hacer simpático el estudio. Es más difícil, en

general, ser un buen pianista que un buen matemático. pues podrá un hombre tener excelente sentido musical pero disponer de muy malos dedos; en cambio, el estudio de las Matemáticas no depende de ningún órgano material. Y á pesar de ello, todo el mundo se empeña en ser pianista sin lograrlo casi nadie, y nadie se empeña en estudiar Matemáticas ó las ciencias relacionadas con ella, cuando pudieran obtener no pocos éxitos.

Unos cinco años atrás, di un cursillo de Sismología en el Ateneo Barcelonés (el primero y único que hasta ahora se ha dado en España), y recuerdo que ha continuación hice algunos tanteos para dar otro cursillo de Matemáticas superior; pero, explicado todo con lenguaje claro sin fantasmagorías; pero hube de desistir, porque comprendí que no concurriría casi nadie. Y ahora me en-ero, con satisfac-

sultan inofensivos, á pesar del terror que puede inspirar su aspecto, y ofrecen la particularidad de adormecerse, no al son de ninguna flauta, sino de una ocarina.

Lo que sobreabunda especialmente son las víboras, viborinos y víborillas, y entre los batracios, los sapos y las ranas; jodos ellos van á por comida á una cueva donde les llena el buche un enorme camaleón, especie de reptil mayor de la reptilería española.

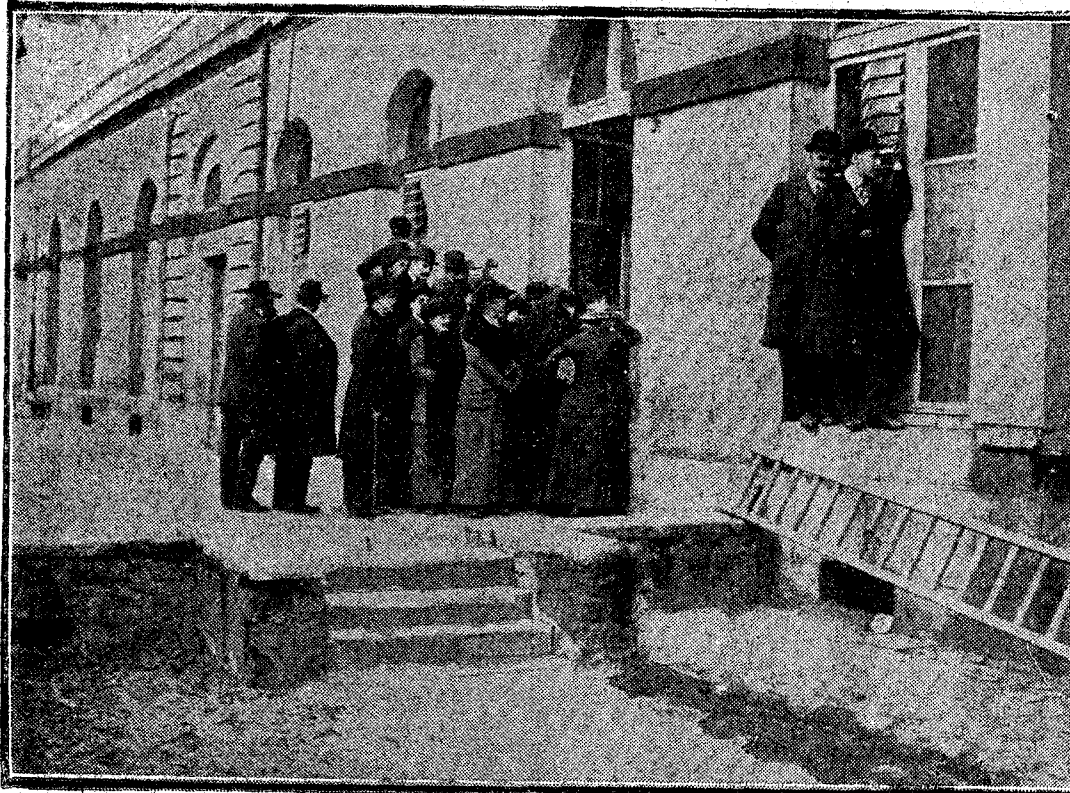
Son innumerables los lagartos y lagartijas, y por si no bastara con los reptiles han aparecido también por estas costas numerosos cocodrilos que derraman lágrimas después de haber devorado la presa y una infinidad de ratones de más ó menos pelo, pero devastadores hasta lo indecible.

Contra esa irrupción repugnante y peligrosa no se ve más remedio sino que bajen de lo alto las águilas caudales y la emprendan á picotazos y zarpezos contra tales alimañas, incapaces de resistir su acometida.

CUALQUERA

gar; puesta en parangón con la cultura media del hombre, no podríamos demostrarle á la mujer, justamente, la desconsideración aristotélica que se ha venido reproduciendo á través de los siglos. Ved cómo se afanan los periódicos por conquistarse el público femenino, creando secciones exclusivamente dedicadas al bello sexo; consultad con libreros y editores; mirad las estadísticas de la producción editorial, y tendréis el convencimiento de que la mujer lee más que el hombre y está, por consiguiente, mejor dispuesta á educar su gusto y á crearse una cultura de aluvión, que podría ser meritísima á poco que el industrialismo editorial encaminara mejor sus pasos.

Yo creo descubrir en estas cartas de mujeres que tengo abiertas sobre mi mesa, un noble deseo de elevación espiritual y una tendencia deliciosamente femenina á



PARIS.—El curso de M. Bergson en el Colegio de Francia: oyentes que no han hallado sitio en el aula, M. Bergson leyendo de su cátedra



ción, que en el Ateneo de Madrid se ha organizado una serie de conferencias por varios profesores sobre Matemáticas para hacerlas agradables y difundir su conocimiento, ya que su estudio es el alma del progreso de un país, pues la matemática es hoy una herramienta intelectual indispensable para la vida. No es hora ya, que en una ciudad como Barcelona, en donde se tiene siempre la palabra cultura en la boca, se haga cultura de veras en este sentido?

Si queremos representar algo en el mundo, tenemos que estudiar ciencias, y especialmente ciencias matemáticas.

Si seguimos imperturbablemente la marcha actual, España perderá los últimos restos que le quedan. Nos ahogamos dentro de una literatura é intelectualidad miserables. En el año 1913, el 52 por 100 de los libros editados en España fueron de literatura amena, en cuya categoría debe incluirse esa avalancha de publicaciones que no pueden figurar en la biblioteca de una persona decente. En Alemania, en cambio, la literatura amena figura con el 14 por 100 de los libros editados. Por otra parte, en 1913 y en España, los libros referentes á ciencias matemáticas, físicas y naturales, sólo representan el 4 por 100 de total, con la agravante de que este tanto por ciento aparece estacionario. Y no hablemos de la producción científica española, que es casi nula.

La vida moderna tiene sus exigencias; hay que seguirla so pena de verse arrollado. Y para seguirla precisa la intelectualidad científica. Si las Matemáticas continúan inspirando horror y los esfuerzos intelectuales no merecen más que el desdén, esto está muerto.

JOSÉ COMAS SOLÁ

Cotidianas

No cabe duda en que somos la nación más desgraciada del mundo. Como si no bastaran esas epizootias que ponen en peligro nuestras vidas,—carbunco, triquinosis, fiebre aftosa,—se nos ha venido encima una invasión de reptiles tan numerosa que donde menos se piensa nos topamos con una de esas alimañas.

Desde luego tiene aterrizadas á las personas pacíficas una boa (Boa constrictor) de panza tan formidable que es capaz de tragarse todo un rebaño de ovejas y de digerir hasta las piedras. Es una boa fenomenal que ha alcanzado dimensiones de balenado después de haber comenzado por ser del tamaño de una pescadilla, pero alguien la cebó y héstala ahí convertida en espantado monstruo.

A este ofidio voracísimo siguen tres ó cuatro culebrones que stembran el espanto con sus agudos silbidos y dan en tierra con el más pintado, á menos de que no se les eche mucha, muchísima carnaza, en cuyo caso permanecen tranquilos mientras comen.

De igual manera han aparecido serpientes de cascabel, muy ruidosas con sus cascabeleos, serpientes y serpientes que, á la verdad, re-

DEL DIA

Cartas de mujeres

No vamos á referirnos á las mujeres que han sorprendido escribiendo Prevost y Benavente; hablaremos de otras cartas auténticas que tiene el cronista abiertas sobre su mesa de trabajo y á las que contempla ahora amistosamente, recreado el espíritu por una amable filosofía y amenizado el momento por la suave humareda azul de un buen tabaco habano. Estas cartas son de mujeres desconocidas; suelen estar firmadas recatadamente con un pseudónimo—*Mimi, Brunilda, Una lectora, Kelly*—ó con un nombre sin duda supuesto—*Mercedes, Julia, Inés, Laura*—que sólo pueden tener una evocación inmediata dentro de la familia y de los afectos creados.

Todas son amigas del cronista, no obstante, las autoras de estas cartas, ó lo fueron en un momento de comunicación espiritual, en ese buen cuarto de hora que empleamos leyendo un artículo que nos interesa por lo que dice, sin importarnos la firma del autor. Son esas mujeres las comentaristas espontáneas que envían al cronista su protesta ó su aplauso, según los casos, y que al día siguiente, ó á la hora siguiente quizás—mudabilidad femenina que ya censuraron los Santos Padres—han corregido su aplauso ó su protesta con un olvido absoluto de lo que leyeron y comentaron.

Pero es un hecho que las mujeres leen, probablemente más que la generalidad de los hombres, y ello tiene una importancia periodística y social evidente. Nos importa saber qué leen las mujeres de nuestros periódicos. Con preferencia leen el folletín, la sección de modas, la sección de espectáculos, las notas de sociedad, sí, es bien cierto; pero leen también con devoción y vehemencia los artículos literarios, algunas hasta los políticos, todo lo que puede interesarlas sentimentalmente ó frívolamente; y es de advertir que la mujer, al contrario del hombre, sólo da importancia al corazón y es frívolo para ella cuanto se aparta del orden sentimental. Una labor de cultura que partiera del periódico podría ser eficaz según interesase más ó menos al sentimiento femenino. La mujer y el hombre de nuestro tiempo y de nuestro público no se encuentran separados por una gran distancia intelectual. Supongamos que el ochenta por ciento de las mujeres no leen más que el folletín y las modas; en este caso, ¿podría asegurarse que hay más de un veinte por ciento de hombres dedicados á los buenos libros? Si para la mujer se editan el figurín y el novelón truculento, ¿para quiénes se imprimen las mil novelas pornográficas, los semanarios arbitrariamente festivos ó simplemente grotescos?

El hombre moderno es distraído y vul-

sutilizar, á *psicologar* el momento, llegando por intuición al *pragmatismo* de James, sin duda desconociendo su existencia en el mundo de la filosofía. Situada la mujer en un mundo aparte y pequeño, recluida en el hogar y á solas muchas horas del día con sus pensamientos, su observación espontánea es eminentemente individual y empieza por ella misma. Así es su modesta filosofía natural y bondadosa, positivista siempre, pero raras veces amarga ó flagelante. Toda mujer sabe perdonar y haría suyas las palabras de Fichte: «el mal no se hace por el mal mismo, sino por el bien que se espera de él».

Lo que hay en la mujer que descorazona, aunque siempre sea agradable y simpático en su aspecto femenino, es la vaguedad, la inconcreción de su pensamiento, tan opuesta á su positivismo nativo.

En sus cartas, aun en las mejor escritas—y conste que las mejor escritas no son las que tienen mejor ortografía—abundan las divagaciones delirantes, los largos períodos de tránsito, llegando pocas veces á sustantivar y á cristalizar las ideas. Decididamente la disciplina intelectual, la línea recta, la concreción, son un sistema inaccesible para la mujer, naturalmente inclinada á mover las alas y revolotear sin rumbo. Una discreta lectora que me escribe elogiando el silencio y condenando la palabra como medio insuficiente de expresión, llena de apretadísima letrilla dos pliegos de papel; otra, al pretender demostrarme que la realidad puede ser tan agradable como la más bella ilusión, pondera abusivamente las novelas de Paul Reboux y me las recomienda—¿por qué, Dios mío?—con insistencia apasionada; otra trata de la pobreza de los poetas y la relaciona, no sé por qué endiablada deducción, con la música de Beethoven, y otra, en fin, al extasiarse contemplando un jardín nevado, dedica casi íntegra su preciosa literatura á ensalzar el vuelo de los gorriones.

Es una delicia, un encanto de inquietud, de inestabilidad, de evoluciones rápidas y caprichosas, y viniendo el espíritu anárquicamente y trazando ángulos y círculos con sus movimientos imprevisos y desconcertantes. Nada me ha dado una impresión tan exacta de la espiritualidad femenina como esta indisciplina, que á veces llega á ser un torbellino. La concreción es fuerza, y la fuerza es virilidad: nosotros descubrimos á primera vista la distancia más corta entre dos puntos; en ello estriba que ocupemos siempre la situación más ventajosa. La mujer pierde mucho tiempo andando: le distraen, en la calle, los aparadores, y en el espíritu, las cambiantes luminosas y llamativas. Es una coquetaría inmortal y un entusiasmo por las joyas inextinguible.

Por otra parte, si las mujeres son fatalmente apasionadas de lo vistoso y bonito y gustan de renovar constantemente su